

LA POESÍA DE RICARDO MOLINA

RICARDO MOLINA, *Poesía*. Volumen XL de la Colección Visor de Poesía. Alberto Corazón, editor (Madrid, 1973), 155 pp.

En este libro, sin una introducción, sin una referencia a la bibliografía total de Ricardo Molina, sin consignar las elementales coordenadas temporales y espaciales del autor, se nos entrega la obra fragmentaria de un gran poeta que tuvo la desgracia para su fama de nacer y vivir en Córdoba. Las líneas oficiales de la poesía de hace años nunca pasaban por provincias y menos por provincias andaluzas.

Ricardo Molina nació en Córdoba, en Puente Genil, en 1917. Su obra publicada en libro es la siguiente:

El río de los Angeles (Madrid, 1945).

Elegías de Sandúa (Córdoba, 1948).

Tres poemas (San Sebastián, 1948).

Corimbo (Madrid, 1949).

Elegía de Medina Azahara (Madrid, 1957).

A la luz de cada día (Málaga, 1967).

La edición que comentamos en la página 94 tiene esta nota crítica: «Los libros y poemas representados en este volumen fueron seleccionados, con criterio antológico, de la obra inédita *La viña florecida*». Crítica porque no sabemos si se refieren a los poemas anteriores a la página de la nota o a los que siguen. Los anteriores reproducen material publicado en libros por Ricardo Molina y los que siguen pertenecen a su último libro, también publicado.

¿Es que la versión que aquí se nos da pertenece a una obra preparada por Ricardo Molina, corrigiendo su obra anterior? Todo queda en la oscuridad de una mala edición que no ha tenido el respeto que Ricardo Molina se merece.



A pesar de eso, el libro nos es útil para que un buen poeta no se olvide y para recordarnos la necesidad de una edición exacta de su obra éditada e inédita.

Ricardo Molina va unido a la aventura de una revista poética. En los años de la postguerra las revistas poéticas surgen por doquier y mueren casi en el mismo instante de su nacimiento. *Caracola* de Málaga y *Cántico* son una excepción. En 1947 nace *Cántico*. *Cántico* es algo más y algo menos que Ricardo Molina. En la propaganda editorial se nos dice que aspiran «a representar poéticamente el Sur». Recogen poesías de todos los contornos andaluces y de España y fuera de nuestra frontera, entonces tan cerrada. Pero los tres fundadores, los que alientan la revista, son Ricardo Molina, Pablo García Baena y Juan Bernier. Para mí —con todo el poco valor de este posesivo—, el mejor de los tres es Pablo García Baena, pero Ricardo Molina era de una personalidad más germinante. Ricardo Molina presenta una faz más distinta. Ricardo Molina presenta también un programa poético más definido. Por eso se ha podido hablar de una nueva escuela poética cordobesa. Han existido poetas modernos cordobeses, pero no creo que se haya podido hablar de una escuela. Han existido unos poetas cordobeses, que eran amigos y que realizaron un empeño común, cada uno con su estilo y con sus propias visiones.

El empeño no era fácil. Para hacer poesía en Córdoba en los años cuarenta había como posibilidad un mal pecado y una tentación muy cerca de la mano. El mal pecado hubiera sido continuar las tendencias de los poetas de fin de siglo. La poesía suave, falsamente melancólica, alimbarada, gastada facilona y por eso la única comprendida por la campocracia ciudadana de un Grilo o un Redel. Hubiera sido el mal pecado de un neofolklorismo cordobés. La tentación era muy sutil. Estamos en los años de las resurrecciones neoan-

ticuarias. Había existido un movimiento neogongorino y éste ya no servía. En el Café Gijón se resucitó a Garcilaso. Garcilaso, antes de su resurrección no olía mal, pero después que lo resucitaron comenzó a despedir un ligero tufo apollillado. Podían haber resucitado en la *Cervceria Gambrius* —entonces lugar poético y hoy, como es natural, banco— una neo-poesía-árabe-califal. No hicieron nada de eso. Se contentaron en resucitar en una ciudad indiferente nada menos que a la poesía.

La generación esa, que por llamarle de algún modo se viene llamando del 27, que ni es del 27 ni es generación, se fermentó buceando en la lejanía temporal y espacial. Lorca, Alberti, llegaron a lo popular a través de la tradición culta. Guillén leía a Valery. Aquí, en Córdoba, la influencia más evidente es la de la poesía francesa romántica y la renovación poética de lo que se llamaría la «generación estética». Para comprender a Ricardo Molina hay que señalar su devoción claudeliana. La forma de «proce-sional» de Claudel pasa a Ricardo Molina. El verso largo y rítmico. Las *Grandes Odas*, con su sensualidad contenida y la expresión más moderna para introducir dentro del verso la arqueología más alucinante, se reviven en los versos o meditaciones de Ricardo Molina sobre Medina Azahara. Compréndase bien lo que se quiere decir. Claudel significa una continuación del camino Rimbaud, lo instintivo, frente a las continuaciones del camino Mallarmé, que es el camino valeryniano de la exactitud contenida.

El poema de Ricardo se concibe como una intuición inicial que se va alumbrando por expresiones concéntricas. Esas sucesivas y lentas pasadas alrededor del objeto poético hacen que éste no sea nunca definido sino apuntado.

Al lado de esta influencia de Claudel hay otra paralela y muy fecunda. Ricardo Molina recibe la fuerza de la poesía de Gide. La novela de Gide ha hecho olvidar un poco al poeta Gide. Gide escribe un verso exteriormente bastante parecido al de Claudel. Lo que tiene Gide de propio es su tremendo mundo de sentidos. Es un verso carnal en el sentido que es carnal una planta de acanto. Ricardo Molina recoge estas dos herencias y las recrea en su verso.

Su mundo no es ancho y lejano. Es cercano y reducido. Los límites de su poesía son los límites de sus paseos. Ese mundo se extiende, sin embargo, con la visión nueva de Ricardo Molina. Es algo así como pasear por la sierra de Córdoba y devolver un paisaje inédito, que surge de los versos alargados de Ricardo.

Ricardo Molina se merece una lectura, para colocar su poesía entre esos poetas andaluces que han quedado un poco marginados porque su poesía no siguió la marcha del momento. Ni escribieron «frios sonetos marmóreos», ni se atormentaron con la

ira de cada hijo, ni rimaron a Dios con nada.

Ricardo Molina, al cabo de los años, vuelve con una poesía que es tremendamente actual. Cuando la poesía se ha olvidado de compromisos y se han perdido las manías de los malos versos sociales, la poesía suele ser solamente poesía.

El libro de Ricardo Molina es poesía sin adjetivos. Poesía gesticulante, pero sin alzar demasiado la voz. Aunque sea fragmentariamente, este libro es un buen redescubrimiento para muchos.

Feliciano DELGADO

EL MITO DE LA MASONERÍA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII

Si bien han sido objeto de estimaciones fantásticas o legendarias los orígenes de la secta masonónica, por la escasez de datos —y aun éstos contradictorios— dábase como seguro en la historiografía española que la masonería moderna floreció con generosidad en nuestro país con el *afancesamiento* del siglo XVIII, a caballo de la *Enciclopedia*, como afirman algunos seudohistoriadores.

A destruir este mito —pues como tal hay que considerarlo— viene hoy, cual nuevo Quijote, *desfacedor* de leyendas, el sacerdote José A. Benimeli, profesor de la Universidad de Zaragoza. Su monumental tesis de doctorado sobre la masonería —parte de cuyo trabajo se comenta aquí— ha merecido en la Universidad zaragozana las máximas calificaciones con premio extraordinario.

La masonería medieval, de origen inglés, era una hermandad gremial constituida por los obreros especializados que intervenían en la construcción de las grandes catedrales románicas y góticas de la vieja Europa. Estaban colocadas bajo la protec-

ción de la Iglesia católica, siendo su principal estatuto el de la rigida custodia del secreto profesional, que evitaba el intrusismo y la competencia. Solían dejar grabados sus signos de escuela en las mejores piezas de cantería, de las cuales se han hallado bastantes en las iglesias españolas de la época.

COMIENZOS DEL XVIII

A comienzos del siglo XVIII, cuando ya había dejado de ser tarea común la edificación de grandes templos de piedra, la masonería sufre una rápida evolución al ser admitidos en las logias miembros meramente «especulativos», que nada tenían que ver con la profesión de albañilería. La primera Gran Logia moderna se funda en Inglaterra en 1717 y cinco años después se publica la carta magna de la secta: las Constituciones de Anderson, base de todo el desarrollo y actividades posteriores. En ellas se hace constar que «en adelante ya no será la catedral un templo de piedra a construir, sino que el edificio que habrá que levantar en honor y gloria del Gran Arquitecto del Universo será la catedral universal, es decir, la

¹ José A. Ferrer Benimeli, *La masonería española en el siglo XVIII*. Madrid, Ed. Siglo XXI, 1974, 507 pp.